

MAMÁ, ME VOY A LONDRES

© Paloma Corredor

www.palomacorredor.com

Para Ángel, a quien fui a buscar a Londres... sin saberlo

*Ahora estás
en Londres, ese gran mar, cuyo flujo y reflujo
de inmediato es sordo y fuerte, y en la orilla
vomita sus naufragios y sigue aullando por más.
Sin embargo, en su profundidad, ¡qué tesoros!*

*You are now
in London, that great sea, whose ebb and flow
At once is deaf and loud, and on the shore
Vomits its wrecks, and still howls on for more.
Yet in its depth what treasures!*

Percy B. Shelley

Me gusta el espíritu de este gran Londres que siento a mi alrededor. ¿Quién sino un cobarde pasaría toda su vida en aldeas, abandonando para siempre sus facultades al óxido de la oscuridad?

I like the spirit of this great London which I feel around me. Who but a coward would pass his whole life in hamlets; and for ever abandon his faculties to the eating rust of obscurity?

Charlotte Brontë, "Villette" (1853)

TODO EMPEZÓ CUANDO...

«Me voy a vivir a Londres». Josefina lo soltó un domingo de abril, frente a una paella de marisco y los rostros atónitos de sus padres, su hermana mayor y su cuñado. Lo echó fuera como un trozo de langostino de esos que sus sobrinos escupían hechos una bola que a ella siempre le daba un poco de asco.

Tenía buenas razones para decir lo que acababa de decir: su novio ya no la quería, la habían despedido del trabajo y estaba deseando poner un poco de tierra (y a ser posible, algún que otro océano) entre su vida y ella. Al fin y al cabo, esas eran las tres grandes razones por las que uno se mudaba a Londres, y en su caso las tres se daban la mano.

Además, Josefina siempre había querido vivir en Londres. Es más, le habría encantado ser inglesa aunque ni siquiera sabía bien por qué. Adoraba tomar el sol, comer dos platos a mediodía y meterse en la cama a las doce de la noche. Pero, con el paso del tiempo, quiso creer que la reencarnación existía y hasta le encantaba recrearse en el recuerdo de alguna vida anterior en la que había sido absoluta e irremediablemente inglesa. En especial, le gustaba imaginar que un día fue una jovencita que perdió a su amor en la Primera Guerra Mundial y que después había llevado una vida pequeña y tranquila, despachando jabón y horquillas para el pelo en una droguería, tomando té y pan con mantequilla cada tarde al cerrar la tienda en compañía de una vecina viuda para después regresar a su pequeño *cottage* y acostarse a las siete de la tarde con un gato sobre sus pies. Era una existencia deprimente y sin embargo ella se sentía en paz cuando la imaginaba, acunada por la fragancia de las rosas, las tardes sin reloj, el frío azotando su rostro y el crepitar de la chimenea.

En esta vida, sus ansias de emigrar a aquel lugar que le parecía remoto, salvaje, moderno y no obstante extrañamente familiar brotaron al mismo tiempo que su acné juvenil. Eran los años ochenta y Josefina vestía enormes jerseys con hombreras y mallas negras que le llegaban hasta la pantorrilla. Encendía uno de los cigarrillos que le robaba a su hermana Toñi, se hacía agujeritos en las medias con el mechero y después se colocaba un pin del Rastro con un *smiley* amarillo y se cardaba un poco el pelo. Entonces cogía el metro hasta El Corte Inglés de Sol y se compraba el *Super Pop* y el *Smash Hits*, para luego traducir los artículos tirada en la

cama. Después recortaba las fotos, que pegaba en su carpeta del instituto, y memorizaba las palabras en inglés que había aprendido y también aquellas que no entendía pero que le sonaban a música celestial, a las letras de aquellos grupos londinenses de chicos guapos y elegantes. Spandau Ballet y Duran Duran. Ni comparación con esas canciones vulgares de los Hombres G y los Duncan Dhu que Toñi le ponía solo para fastidiarla mientras se arreglaba para ir al cine con algún aprendiz de mecánico. En cuanto cumpliera dieciocho años, se decía Josefina cuando su hermana por fin se largaba y le dejaba todo el cuarto para ella sola, metería cuatro cosas en una maleta y se iría a vivir a Londres.

Su pasión por lo inglés, sin embargo, se remontaba a la infancia. ¿Qué niña de su generación no tenía grabada en la memoria la boda de Lady Di? Con aquellas carrozas de oro, el aire de solemnidad, las mangas de farol de su vestido de princesa; princesa de las de antes, de las que tenían una madrastra malvada y vivían en un castillo con murciélagos y fantasmas. Cuando contemplaba las fotos de la boda en el número gastado del *¡Hola!* que rescató de la basura antes de que su madre lo lanzara al olvido, la pequeña Josefina no sabía bien si aquello era un cuento de hadas, una película de Disney o la vida real, pero no importaba porque le hacía soñar con un futuro mullido y exuberante en los brazos de un príncipe inglés. Y luego estaban los tebeos de *Esther y su mundo*, aquella chica fatalmente enamorada del escurridizo Juanito (que bien podría haber sido un David Beckham adolescente) que les contaba sus penas de amor a los patos del parque. Y *Los Cinco*, y *Torres de Malory* y *Las Gemelas en Santa Clara*. Porque mucho antes de *Harry Potter*, y gracias a una señora llamada Enid Blyton que sin duda dormía con un gato sobre sus pies, en la imaginación de Josefina Londres ya era un lugar mágico donde todo era posible y los niños crecían, huérfanos y asilvestrados, en internados divertidísimos, y resolvían misterios sin dejar nunca de atiborrarse de té con galletas de algo llamado jengibre.

Y por fin, a los diecisiete años, a Josefina le llegó su oportunidad de saborear la vida en Inglaterra. Después de tres veranos de ruegos a sus padres que jamás dieron fruto, decidió que era hora de tomar las riendas de su futuro. Pasó nueve meses trabajando en una hamburguesería por las tardes, mientras su familia creía que estudiaba en la biblioteca, y al terminar el COU se pagó un billete de avión y un curso de inglés en una academia en pleno centro de Londres. Les dio la noticia a sus padres justo después de aprobar la selectividad y antes de ponerse a decidir qué

carrera iba a estudiar. Porque, bueno, al final sí iba a ir a la universidad. Lo de Inglaterra solo era para el verano. Ahora que era mayor de edad, le parecía que su plan de irse a vivir a Londres con lo puesto ya no sonaba tan brillante como cuando comenzó a tejerlo años atrás.

Todo el mundo le dijo que el clima inglés era miserable y que lamentaría cambiar un agosto en el Mediterráneo por la grisura del Támesis, pero aquel fue un verano espléndido y nada pudo detener a Josefina. Ni los lamentos de su madre, ni el silencio con el que su padre la obsequió durante más de una semana, ni las risas burlonas de Toñi, que remataba con un chasquido de desprecio que a Josefina le despertaba ganas de clavarle las uñas en el cuello. Pero entonces sacaba el billete de avión de su escondite, lo agarraba bien fuerte y respiraba hondo.

La instalaron en una casita con jardín que pertenecía a una viuda muy simpática, que no tenía gatos, llamada Mrs. Browning. Lo primero que le llamó la atención fue que su habitación, cubierta por un papel de flores que le pareció entre espantoso y romántico, tenía una chimenea y un lavabo. Después, lo mucho que pesaba la cama, sepultada por una maraña de almohadones y el primer edredón nórdico que veía en su vida. Cuando lo abrió, un pelo largo y negro le saltó a los ojos. Hizo como que no lo había visto, ignorando también el olor a cerrado, y se quedó boquiabierta al comprobar que no se podía abrir la ventana. A saber el polvo que habrían acumulado aquellas paredes floridas a lo largo de años de acoger estudiantes continentales. Por las mañanas se aseaba como buenamente podía teniendo en cuenta que en la casa había una bañera bien surtida de jaboncitos, geles y sales aromáticas pero sin mango de ducha, presidiendo un cuarto de baño con moqueta de un color entre azul oscuro y gris hábito de monja. Luego coincidía en el desayuno con un ruso cincuentón, dueño de un destartado bigote que enmarcaba una boquita con dientes de ratón. Comían uno frente al otro sin apenas cruzar palabra, lo cual a ella le causaba bastante ansiedad. Al atardecer, a Mrs. Browning le entraban unas llantinas inconsolables. Josefina se acercaba a la ventana sucia y enclavada, sin tocarla, y la veía sentada en el jardín entre primulas y violetas, agarrada a una botella de vino tinto y hablándole a un amigo suyo, un flaco de barba blanca que la aguantaba tarde tras tarde con paciencia de santo. Por las noches, ya pasado el sofoco, les servía la cena a sus inquilinos (el ruso, Josefina y algún que otro japonés despistado). Hablaban aun menos que por las mañanas, ella afanada en tragarse aquellos trozos de carne correosa nadando en un líquido marrón y en

evitar la mirada del japonés, que cada vez que se cruzaba con sus ojos asentía muchas veces con la cabeza.

Aquel mes no aprendió inglés, porque la verdad era que se sentía bastante sola y no tardó en refugiarse en el grupo de españoles de la academia. Todos debían de encontrarse igual de perdidos, porque en cuanto cogieron confianza unos con otros ya no se separaron ni para ir al baño entre clase y clase. Por las noches iban a unos garitos espantosamente horteras alrededor de Leicester Square, pues no sabían cuáles eran los locales de moda y se limitaban a ir a los bares que se anunciaban en los *flyers* que cogían en el *hall* de la escuela, donde se organizaban «*Spanish parties*» a base de sangría y salsa, salsa de la bailar. El grupito de españolas no tenía ni idea de bailar salsa, pero a los árabes y a los italianos, que eran sobre todo los que iban a aquellas fiestas, les daba igual. Para ellos latino, español, tango, chorizo o sangría era todo lo mismo mientras hubiera españolas bonitas.

Cuando solo quedaba una semana para volver a España, Josefina empezó a ser feliz en Londres. Le encantaba montarse en el metro, rellenar los ejercicios de inglés en su cuaderno de colegiala, almorzar un sándwich en el parque y pasar las tardes descubriendo calles nuevas. A menudo paseaba sola, cansada ya de aquellos españoles que a todas partes se desplazaban en manada. Pero llegó el día de regresar y enseguida su aventura londinense quedó atrás, amontonada bajo las clases de la universidad, la rutina en Madrid, su familia, el trabajo. Y la idea de volver a Londres se acomodó en algún rincón de su cabeza, durmiendo la siesta hasta que, en la primavera de 2010, floreció lista para salir al mundo.

Josefina siempre había envidiado a las compañeras de la universidad que llegaban del pueblo a vivir solas en la capital. Pero sobre todo a las que viajaban, mochila al hombro, saltando de un tren a otro, limpiando hoteles; solas y valientes, lejos, lejos, lejos. No digamos a las que se casaron con extranjeros. Como Carmen, su mejor amiga de la infancia, enamorada de un sueco e instalada desde hacía años en una casita de cuento con sauna y todo. Cuando veía *Españoles por el mundo*, al principio casi disfrutaba. Luego acabó pareciéndole una broma de mal gusto. Porque ella, más allá de aquel verano inglés breve como una lluvia de agosto, alguna escapada romántica a Lisboa y París y el viaje de mitad de carrera a Florencia, Venecia y Roma, prácticamente nunca había salido del barrio.

«Y qué más quieres», decía Toñi. «Es su forma de escupir ese rencor que nunca se pudo arrancar de la piel porque yo estudié una carrera universitaria y ella no», pensaba Josefina. Toñi era ocho años mayor que ella y había ido a nacer en una época en la que tan normal era que una hija se casara y pariera cuatro mocosos como que se fuera a la capital a estudiar; que se quedara recluida en casa de los padres para atenderlos en su vejez o que sacara una oposición con la nota más alta de su clase. Todo dependía de la familia que a una le tocara en suerte.

Los Gándara González fueron siempre una familia modesta. De jovencita, Josefina fantaseaba con pertenecer a una saga «de toda la vida», una de esas rancias de espíritu y podridas de dinero, con un «de» precediendo al apellido. Josefina de la Gándara, ¿acaso no sonaba mil veces mejor? Pero no, la suya era una familia trabajadora, honrada y normal. En casa apenas se hablaba de política, porque su madre no estaba interesada en esas cosas y a su padre apenas se le permitía expresarse en voz alta. Así que Josefina nunca supo muy bien si sus padres eran de izquierdas o de derechas. Lo que siempre tuvo claro fue que no eran una familia culta ni distinguida, no digamos cosmopolita.

Toñi y ella crecieron dentro de las cuatro paredes del barrio, cuya puerta solo se abría para ir de compras con su madre al centro dos o tres veces al año. Aunque Josefina tenía la sensación de haber crecido sola, porque Toñi fue siempre demasiado mayor para jugar con ella. Sus padres eran dueños de una charcutería donde hacían casi toda la vida. Toñi se convirtió en ayudante, recadera y relaciones públicas desde que tuvo edad para quitarse los calcetines del uniforme. Mientras, Josefina pasaba las tardes sola en casa viendo la tele, atiborrándose de pan con Nocilla e historias de internados ingleses. Fue la época más feliz de su vida.

Cuando Josefina comenzó el instituto, Toñi se casó con un tipo flaco y enfermizo. Su cuñado Ignacio nunca se dignó enredarse en el negocio familiar. Lo suyo era echar horas como contable en una oscura oficina, como un personaje de novela antigua, y patentar inventos. Su creación estrella era un artefacto que permitía doblar el palo de la escoba para poder quitar las pelusas de los rincones más remotos. Los libros de cuentas y aquellos artilugios le daban para vivir con cierta alegría, pero Toñi no era fácil de contentar. El día que Ignacio le regaló un Seat Ibiza, sus lamentos resonaron más fuertes que nunca. *Ayayay*, ahora tenía que

hacerse cargo del seguro, la tienda, la casa, el marido y todos sus caprichos, *aydiosmío*. Josefina comenzó a odiar a su hermana el día en que, incapaz de descargar su frustración encima de su marido, decidió girarse hacia ella y no paró hasta lograr que sus padres la forzaran a abandonar las tardes de libros y merienda para ponerse detrás del mostrador. Pero ella se negaba a darles conversación a las clientas y era tan seca que obligaba a Toñi a hacer esfuerzos extras por mostrarse simpática, a pesar de que sus sonrisas eran cada vez más tensas y sus comentarios más sarcásticos. Las hermanas se lanzaban miradas envenenadas por entre las ristras de salchichones y pasaban semanas sin dirigirse la palabra fuera de la tienda. Dejaron de hablarse casi del todo cuando Josefina empezó a ir a la universidad. «Tú nunca lo pediste», dijo su padre. «Ella tampoco», respondió Toñi. Pero él se encogió de hombros. Los tiempos habían cambiado.

Josefina estudió la carrera de Económicas como podía haber estudiado Filosofía o Medicina. Lo mismo le daba una cosa que otra. Iba aprobando los cursos sin grandes alegrías y algunas veces era como si se abriera una compuertita dentro de su corazón y entonces suspiraba de tristeza al meter la mano dentro y acariciar su sueño roto de vivir en Londres. Sin darse cuenta quedó atrapada en la rutina de una vida juvenil, que pasó sin pena ni gloria a adulta. Las clases, la tienda, los exámenes. Su primer coche, su novio, su segundo novio. Estudios de Marketing.

Y, sin que supiera bien cómo, un día se vio a sí misma viviendo con su tercer novio, con el que compartía una hipoteca a cuarenta años y un piso con plaza de garaje en una urbanización de las afueras del barrio, a cinco minutos andando de la casa de sus padres. A diecisiete en coche de la empresa donde empezó a trabajar haciendo un poco de chica para todo. Atención al cliente, llamadas a proveedores, promoción, cafés. Vendían material para fabricar aparatos médicos. De vez en cuando, incluso le pedían que consiguiera que *El País* o Telecinco sacaran un reportaje sobre los méritos de la compañía. Y cuando ya llevaban años pidiéndoselo, Josefina empezó a mirar a su jefe con una sonrisa boba y tirante, asintiendo muy rápido con la cabeza, como aquel japonés de Londres, mientras gritaba de rabia por dentro. Rabia por no atreverse a responder, por decir que sí, por ir a trabajar cada mañana y dejar que se escapara un día más de la vida que aguardaba a que ella tuviera el valor de atravesar el espejo y fundirse con aquella otra Josefina feliz y sonriente que, cada vez

con más frecuencia, la visitaba en sus sueños y que vivía en un Londres de cielos azules y tardes de sol.

Ocho años después de contratarla, la empresa se deshizo de un buen puñado de trabajadores, ella incluida, con la excusa de la crisis inminente. Dos semanas más tarde, su novio le dijo que la quería mucho, tanto que daría su vida para salvarla de cualquier peligro, pero que no estaba enamorado de ella. Intentaron desprenderse del piso vendiéndolo un treinta por ciento más barato, sin conseguir colocárselo a nadie, y se repartieron los muebles, que aún olían a la tienda de Ikea. Josefina llamó a los traperos de un centro de yonkis para que se llevaran los suyos. Después se deshizo de todos los vídeos y buena parte de la ropa, los cedés y los libros que había acumulado en ocho años de pasearse por el centro comercial a la hora de la comida. Pasó unas semanas sola en el piso casi vacío, durmiendo en un colchón en el suelo, hasta que reunió las fuerzas suficientes para volver a casa de sus padres sin que le temblaran las piernas. Sus revistas y sus libros de Enid Blyton aún acumulaban polvo en la estantería del cuarto que durante tantos años había compartido con su hermana, junto al póster de los Hombres G sobre la cama de Toñi. Josefina lo arrancó nada más dejar la maleta en el suelo.

«Dónde vas a estar mejor que aquí», sentenció su madre. «Qué jeta, volver a casa de mamá. Al menos tendrás la decencia de pagarles un alquiler», dijo Toñi. Su padre le dio unas llaves y le recordó que la charcutería abría de diez a dos y de cinco a ocho y media, para que eligiera el horario en el que iba a ir a ayudarles. Dos meses después, con la espalda molida por culpa del colchón deforme de su cama de niña y las cajas de embutidos que le había tocado cargar del almacén a la tienda, compró un billete de ida a por cuarenta euros en Ryanair. Tres semanas más tarde se plantó en Londres.

Su nueva vida (la buena, la verdadera) la estaba esperando